

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Visiones conflictivas sobre el desarrollo de la agricultura pampeana, 1890-1920.

Volkind, Pablo (UBA / CONICET).

Cita:

Volkind, Pablo (UBA / CONICET). (2007). *Visiones conflictivas sobre el desarrollo de la agricultura pampeana, 1890-1920. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/1010>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 22 de Septiembre de 2007

Mesa temática 113: Conflictos, organizaciones y movimientos sociales en la historia agraria argentina y latinoamericana desde comienzos del siglo XX a la actualidad.

Coordinadores: Waldo Ansaldi (UBA) - Gabriela Gresores (UBA)

Miradas contradictorias y conflictos en la construcción del “granero del mundo”, 1890-1920

Pablo Volkind (CIEA – UBA – CONICET)

e-mail: pvolkind@hotmail.com

Introducción

Las características que asumió el desarrollo de la agricultura pampeana en el parteaguas de los siglos XIX y XX fueron objeto de numerosas descripciones y estudios en los cuales se reflejaron miradas contradictorias y conflictivas. Las diversas percepciones del fenómeno se plasmaron en la identificación de los factores que llevaron a dicha expansión, en la elaboración o no de diagnósticos sobre sus contradicciones, problemas y eventuales dificultades que conllevaba, y en las posibles medidas que se debían adoptar en función de superar esos condicionamientos.¹ Esto se expresó a través de opiniones divergentes en temas tales como la tecnología disponible y sus modos de uso, las características de la fuerza de trabajo utilizada, las condiciones en las que se producía y el nivel de productividad agrícola alcanzada en aquel período en comparación con otros países.

En función de estas preocupaciones, y entendiendo que los balances sobre aquel período estructurante de la Argentina moderna se proyectan contradictoriamente sobre los diagnósticos y propuestas del presente, se escogieron un conjunto de fuentes y testimonios con el objetivo de identificar sus posiciones y ponderar sus argumentos. A efectos del análisis, dichas visiones fueron agrupadas según el siguiente criterio: por un lado, aquellos protagonistas y contemporáneos que desde diversas posturas enfatizaban las virtudes y potencialidades del desarrollo agrícola argentino y destacaban la existencia de una "agricultura de punta" –comparable con las más avanzadas en el plano internacional-; por el otro, los que coincidían en

¹ Sobre esta temática, pero reflejando aspectos disímiles, han sido elaborados otros trabajos entre los que se destacan Halperin Donghi, Tulio. “Canción de otoño en primavera: previsiones sobre la crisis de la agricultura cerealera argentina (1894-1930)”. En *Desarrollo Económico*, vol 24 n°95, oct-dic. 1984, págs. 367-386 y Barsky, Osvaldo; Posada, M. y Barsky, A.. *El pensamiento agrario argentino*. CEAL, Buenos Aires, 1992.

remarcar las dificultades, contradicciones y límites que había asumido dicho proceso, que relativizaban en buena medida la caracterización anterior.²

Disponibilidad, características, condiciones de uso de la maquinaria agrícola, y calificación de los productores directos

Sobre la base de la apropiación de millones de hectáreas arrebatadas a las comunidades originarias y distribuidas entre los grandes terratenientes detentadores del poder político, se desarrolló un importante proceso de expansión del área sembrada con cereales (maíz y trigo esencialmente) que se elevó de 1.202.000 hectáreas de trigo cultivadas en 1891 y 1.244.000 de maíz en 1896 a 6.063.000 y 2.973.000 hectáreas respectivamente en 1909.³ Esto se expresó, a su vez, en el incremento de las exportaciones de dichos cereales, que pasaron respectivamente de 87.457 y 360.250 pesos oro en 1880 a 102.631.000 y 112.292.000 en 1913⁴; a la par que consolidaban su presencia en el país grandes corporaciones internacionales protagonistas del comercio mundial de cereales.⁵

El desarrollo acelerado de las líneas ferroviarias, estrechamente vinculado con las necesidades de la exportación de productos agropecuarios, fue otro de los elementos que caracterizó el proceso. El tendido de vías férreas pasó de 16.634 kilómetros en 1900 a 35.100 en 1922, perteneciendo en un 82,9% a capitales privados extranjeros.⁶ En particular, en la Región pampeana se extendieron por las principales zonas pasando de 6.400 kilómetros en 1890 a 24.000 en 1925.⁷

Otro factor que fue causa y a la vez consecuencia, estuvo dado por el aumento exponencial de la población.⁸ Tomando en su conjunto los habitantes de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba y el Territorio Nacional de La Pampa, la cifra

² En relación con el desarrollo del trabajo, cabe advertir que en esta presentación se prescindió del análisis sobre la expansión ganadera del período. Asimismo, en torno a las fuentes utilizadas, se deben tener presentes los diversos derroteros personales, su relación con la estructura social y el momento histórico en el que dichos informantes producen sus opiniones.

³ Vazquez-Preedo, Vicente. *Estadísticas históricas Argentinas (comparadas). Primera parte 1875-1914*. Ediciones Macchi, Buenos Aires, 1971, pág.55.

⁴ *Historia Integral Argentina*, "Crecimiento y desequilibrio", Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1974, pág. 142. Tornquist, Ernesto. *El desarrollo económico de la República Argentina*. Tornquist and Co., Buenos Aires, 1920.

⁵ Gaignard, Romain. *La Pampa Argentina*. Ediciones Solar, Buenos Aires, 1989, págs. 336-340.

⁶ Ortiz, Ricardo. *Historia Económica de la Argentina*. Plus Ultra, Buenos Aires, 1971, Tomo II, pág. 249.

⁷ Gaignard, Romain. *Op.Cit.*, pág. 284.

⁸ Se pobló el campo, pero no esencialmente por la propietarización de sus productores directos. La colonización oficial dio paso a la colonización "privada" y la expansión de la agricultura estuvo signada por el predominio del arrendamiento, que desde sus orígenes en el litoral hasta la propia provincia de Buenos Aires -área esencialmente ganadera-, se desarrolló en un proceso concatenado con las transformaciones pecuarias operadas al impulso del crecimiento y consolidación de la industria frigorífica para la exportación.

asciende de 1.987.512 en 1895 a 4.227.988 de habitantes en 1914, entre los cuales la población extranjera registraba una importantísima participación.⁹

Este desarrollo también se vio reflejado en la creciente utilización de maquinaria agrícola, que ingresó al país proveniente esencialmente de Inglaterra y Estados Unidos. Así, en 1914, el número de arados en la región pampeana alcanzaba la cifra de 310.910, el de sembradoras 73.942 y el de trilladoras 6.660.¹⁰

Buena parte de los testigos de aquella época confirman la presencia de maquinaria relativamente moderna en proporciones considerables dentro de la región pampeana, particularmente Buenos Aires y Santa Fe. Pero las opiniones se tornan divergentes a la hora de explicar quiénes tenían acceso a las mismas, cuánto y cómo se aprovechaba su potencialidad productiva, cuál era su costo y el de los repuestos y, en definitiva, cuál era la proporción -en términos comparativos- entre la mecanización nacional y la de otros países agrícolas en el concierto mundial.

Dentro de la corriente que enarbolaba los argumentos más asimilables a una perspectiva apologética del desarrollo agropecuario en curso, fundamentando la visión de una “agricultura de punta”, encontramos los relatos que Estanislao Zeballos elaborara en 1883, en su recorrido por Santa Fe. Según este miembro del *establishment* de la época, las colonias agrícolas estaban regadas de moderna maquinaria agrícola en un curso fomentado por el desarrollo de la “colonización libre” (se refiere a la colonización impulsada y usufructuada por empresas privadas): “resulta que en Santa Fe se emplean entre tres y cuatro arados por cuadra”.¹¹ Se manifestaba en sus relatos el asombro ante la “majestuosidad” de las máquinas agrícolas surcando los campos sembrados con trigo.¹² Señalaba que en aquellas explotaciones carentes de trilladoras, estas eran provistas por “contratistas” que “ruedan de sembrado en sembrado a hacer la cosecha por un tanto.”¹³ También la existencia de enormes graneros y molinos daban muestras, para él, de una producción pujante y moderna.

En este mismo sentido, Gabriel Carrasco desarrollaba sus argumentos en el Estudio Preliminar al Tercer Tomo del Censo de 1895. “En la actualidad puede asegurarse

⁹ Elaboración propia en base a los Censos Nacionales de Población de 1895 y 1914.

¹⁰ Gaignard, Romain. Op. Cit., pág. 344.

¹¹ Zeballos, Estanislao. *La región del trigo*. Hyspamérica, España, 1984, pág. 232. Referencias a la cantidad de maquinarias en las páginas 231a 234.

¹² En diversos pasajes desborda el lirismo apologético: “sábanas de trigo por todos lados y de cuando en cuando grandes máquinas de segar y de trillar que marchaban majestuosamente arrastradas por bueyes” (pág. 31), “al contemplar desplegadas sobre un campo de batalla de diez leguas, mas de doscientas cincuenta máquinas agrícolas de los mejores sistemas, soñe que viajaba en California [...] de los exuberantes trigos” (pág. 36).

¹³ Zeballos, Estanislao. Op. Cit., pág. 31.

que, salvo algunas explotaciones primitivas situadas en las comarcas más lejanas de los centros productores é industriales, en todo el resto del país sólo se emplean maquinarias y herramientas agrícolas de las mejores que respectivamente existen en su clase. Este hecho es una consecuencia necesaria de la gran extensión de la superficie cultivada, con relación al número de agricultores, y a lo elevado de los jornales, puesto que para obtener la cosecha en condiciones económicas, es indispensable suplir por medio de maquinarias el trabajo directo del hombre”.¹⁴

Jules Huret también compartía la mayoría de los comentarios realizados por Carrasco. Comparaba a nuestro país con otras regiones del planeta y llegaba a la conclusión de que “exceptuando la América del Norte, la Australia y el Canadá, no se encuentra en ninguna parte tal facilidad de adaptación a los progresos del *maquinismo* moderno. No hay necesidad de *predicar* a los colonos para hacerles cambiar de arados y de *sembradoras* y *segadoras*. Es verdad que las máquinas apenas cuestan más caras que en Chicago. Pero las piezas o accesorios de recambio, así como las reparaciones, alcanzan precios extraordinarios a causa de la falta de operarios hábiles, por lo que a veces es más conveniente adquirir una nueva máquina que componer su gastado organismo. [...] Son dignas de ver en las inmensidades desiertas aquellas máquinas sin carbón, sin agua y sin leña, que avanzan con su marcha matemática, arrastrando tras de sí quince discos que muerden, cortan y desmenuzan la tierra virgen con su potente cuchilla, para comprender cómo un país tan poco poblado ha podido llegar en tan corto tiempo a un grado de producción tan extraordinario.”¹⁵ La visión de conjunto que brindaba se condensaba en la metáfora con la que caracterizaba a la agricultura argentina: una “fábrica de cereales” basada en el trabajo de los obreros y la industria mecánica.

Para el ingeniero agrónomo, Hugo Miatello, la creciente mecanización de la producción agrícola había jugado un rol importantísimo en los progresos alcanzados por la producción de granos: “Ha reducido hoy las tareas manuales a su mayor perfección, y así vemos que el cómodo y elegante arado ruso, de asiento, evita al chacarero el penoso andar a pie, con las manceras en mano como antaño; el arado a vapor o nafta, que ara una hectárea por hora; la sembradora [...], las trilladoras a vapor, verdaderos colosos que embolsan hasta 600 quintales de trigo por día y 1.200 de maíz; las cosechadoras, que siegan y trillan por 30 centavos el quintal; y así,

¹⁴ Carrasco, Gabriel. Segundo Censo de la República Argentina de 1895. Buenos Aires, 1898, Tomo III Censos Complementarios, Consideraciones, pág. LV.

¹⁵ Huret, Jules. *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Hyspamerica, Buenos Aires, 1988, Tomo II, págs. 200-201.

dígase de todos los demás mecanismos que hacen hoy las tareas agrícolas fáciles, livianas, rápidas y económicas...”¹⁶

También Bunge enfatizó la existencia de una abundante cantidad de maquinaria moderna, desde un inicio, que habría permitido poner en producción enormes extensiones de tierra con una proporción relativamente baja de trabajadores.

Sin embargo, para este mismo período histórico existieron otras opiniones que divergieron en mayor o menor medida de las anteriores, poniendo en cuestión las visiones más idílicas sobre la marcha de la agricultura en nuestro país.

Gastón Gori¹⁷ expone una visión y juicios contrapuestos a los de Zeballos, referidos a la misma zona (Santa Fe) y al mismo período (fines del siglo XIX), remarcando que las condiciones a las que estaban expuestos los campesinos arrendatarios no les permitían acumular, lo que restringía severamente para ellos el acceso directo a la maquinaria moderna: “Quince años después de la primera exportación de trigo, los campos argentinos se labraban con arados de mancera, rastras y desterradoras y, por cada máquina a vapor para trillar, correspondían 1397 cuadras cuadradas de cultivo... La exposición de París exhibió, sin embargo, maquinarias agrícolas que equivalían, para nuestros hombres de campo, a la magnitud de un sueño imposible... El aislamiento, la inestabilidad del arrendatario, la pobreza en la época que consideramos, involucran la impotencia para producir bien, el atraso con respecto a la técnica mundial. Nuestro campesino, atrasado hoy, lo fue desde el comienzo de la agricultura.”¹⁸ Según Gori, los factores principales que habían permitido la enorme expansión del área sembrada y de la producción fueron una abundante cantidad de tierra fértil y una creciente magnitud de brazos. El acceso a la moderna maquinaria estaba restringido a los dueños de grandes establecimientos agrícolas o a empresarios de los pueblos que luego las alquilaban, lo que lo lleva a interrogarse acerca de qué campesino arrendatario compraría maquinaria y herramientas modernas y costosas si no tenía asegurada la posibilidad de poder pagar el arrendamiento a causa de la pérdida de la cosecha. Al respecto cabe recordar que son varios los autores que mencionan que de tres cosechas en general sólo una era buena, lo cual aunado a veces al hecho de que fueran insuficientes llevaba a que al no poder afrontar sus costos fueran desalojados y confiscadas todas sus pertenencias para “honrar” su deuda. Así, ¿quién introduciría en el campo arrendado sino herramientas rudimentarias?.

¹⁶ Miatello, Hugo. *La agricultura y la ganadería en la República Argentina. Su evolución y progresos*. Talleres gráficos del Ministerio de agricultura de la Nación, Buenos Aires, 1916, pág. 31.

¹⁷ A pesar de que Gastón Gori escribe en la década de 1950 se considero que era un testimonio relevante para el trabajo y que podía utilizarse en término de establecer comparaciones.

¹⁸ Gori, Gastón. *El pan nuestro*. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1958, 2002, pág. 91.

Finalmente, el autor señalaba que lo que se podía observar tempranamente en las exposiciones (modernas máquinas y herramientas para la agricultura), no derivaba mecánicamente en su utilización inmediata, pues en muchos casos pasaban entre 15 y 20 años para que eso sucediera.¹⁹

Diagnósticos y juicios parecidos habían sido esgrimidos por Lallemand en sus artículos de fines de siglo XIX y principios del XX. Este fino y agudo observador constataba la existencia de un parque de maquinaria agrícola moderno en el país, aunque sin dejar de enfatizar la imposibilidad que tenían los colonos y la mayoría de los productores arrendatarios –esencialmente familiares– de acceder a las mismas, producto de sus altos costos. Estas herramientas quedaban circunscriptas a las “estancias gigantes” (grandes latifundios), que sí podían adquirirlos, modernizando su producción y generando una importante brecha con las pequeñas explotaciones.²⁰

En estas parcelas, la ausencia de dicha maquinaria se reemplazaba mediante una extenuante “autoexplotación” a la que se sometían los colonos y sus familias, principalmente italianos que vivían y trabajaban en condiciones infrahumanas y cuya única meta era llegar a poseer una parcela de tierra. Se explicaba así, por ejemplo, la disminución en la importación de maquinaria en 1894 con respecto a 1893, y el simultáneo aumento de la de guadañas: “El precio del trigo fue en 1893, término medio de 23,26 pesos oro en Buenos Aires y bajó en 1894 a 18 pesos oro por tonelada. Pues aunque el precio del producto haya bajado tanto, mermó el trabajo con maquinaria y aumentó el manual. ¡La guadaña derrotó a la atadora! ¡La mano del hombre venció a la máquina!”²¹ En esta misma línea argumental podrían ubicarse las opiniones de Godofredo Daireax, quien planteaba que los exorbitantes impuestos y costos a los que estaba expuesto el agricultor le impedían acumular una pequeña cantidad de dinero que le permitiese acceder a la maquinaria agrícola más cara, quedando a merced de las arbitrariedades de los empresarios de trilladoras. Además el productor cargaba con una serie de cánones, obligaciones fiscales y fletes que dificultaban su desenvolvimiento y progreso. A esto se sumaban los problemas acarreados por la necesidad de importar la maquinaria que, esencialmente, no se producía en el país: “Desgraciadamente, en estos países de poca industrialización todavía, el agricultor se tiene que contentar con lo que le mandan de allende los

¹⁹ Gori, Gastón. Op. Cit., págs. 92-93.

²⁰ Lallemand, German. “La cuenca del Plata” Artículo publicado en *Die neue Zeit*, tomo 2 1895-1896. En *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina. Selección de artículos de Germán Avé Lallemand*, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1974, págs. 147-148.

²¹ Lallemand, German. “¿Colonización o Latifundio?” Artículo publicado en *Revista La Agricultura*, abril de 1895, págs. 280-282. Op. Cit., págs. 88-89.

mares y, bueno o malo, si no hay más, se debe conformar. Sucede que, muchas veces, la máquina mejor poco se venderá y que la más buscada será la de inferior, para lo cual habrán multiplicado los avisos bombásticos. Hemos visto máquinas que después de haber dado a sus fabricantes una fortuna merecida, se han vuelto inservibles por la codicia de los mismos que han querido ganar demasiado, aprovechando su fama, y han mandado máquinas débiles, que á cada rato fallan. La elección de máquinas es tanto más difícil cuanto no hay todavía concursos públicos frecuentes, donde se pueda juzgar con imparcialidad y prácticamente las calidades y los defectos de las varias máquinas ofrecidas a la venta.”²²

Entre otras opiniones vertidas entrado el siglo XX, cabe mencionar la investigación realizada por Biale Massé en 1904. Este polifacético profesional señalaba la existencia de una abundante cantidad de maquinaria en el Litoral, pero no dejaba de remarcar su preocupación sobre lo que para él era el problema principal, consistente en la impericia y el desconocimiento de los dueños de dichas máquinas, faltas que redundaban en un trabajo deficiente y peligroso: “Con tales maquinistas las máquinas sufren mil accidentes e interrupciones; no son pocos los accidentes del trabajo que sufren los obreros, por los cuales no se les da indemnización alguna; haciéndose así un trabajo malo, caro y con mucha pérdida para la producción.”²³ La escasa calificación de los maquinistas, junto a los otros aspectos señalados, constituían los problemas que emergían de las condiciones sociales que Biale Massé criticaba.

En este mismo sentido se expresaba Ricardo Huergo, encargado de realizar una investigación agrícola en la región septentrional de la Provincia de Buenos Aires en 1904. Tomado el país en su conjunto, este ingeniero concluía que a pesar de que predominaba el poco apego a las innovaciones y la agricultura se estructuraba alrededor de prácticas donde lo principal estaba dado por las riquezas naturales sobre las cuales el productor ejercía un ínfimo trabajo, el trabajo llevado adelante en la zona norte de la Provincia de Buenos Aires, “en sus términos generales, demuestra ciertamente un gran progreso en la dotación de la maquinaria moderna, revela que hay mejoramiento en la producción principalmente por la introducción de nuevas variedades en los pocos cultivos que la constituyen, pero en las prácticas, sea de labores de las tierras, de los procedimientos de siembra y recolección, de rotación, etc., poco, muy poco es lo que se ha adelantado y este adelanto se debe más a la

²² Daireaux, Godofredo. *Manual del agricultor argentino*. Prudent Hermanos, Buenos Aires, 1908, págs. 275-276.

²³ Biale-Massé, Juan. *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*. CEAL, Buenos Aires, 1985, tomo I, pág. 98.

substitución del material agrícola que al esfuerzo intelectual o adelanto del cultivador.”²⁴

A pesar de que sus juicios sobre las virtudes y enormes logros alcanzados por el desarrollo de la “industria agrícola de nuestro país” ameritarían ubicar a Hugo Miatello exclusivamente en el grupo de aquellos que enfatizan la existencia de una “agricultura de punta”, resultan relevantes las preocupaciones que manifestaba hacia 1921 en relación con la situación agrícola: “La organización técnica de nuestra agricultura es deficiente por la extensión excesiva de la chacra, siempre superior a los medios y elementos de que dispone el agricultor; por el escaso número de cultivos a que se dedica el mismo, que no pasan de dos o tres; por carecer de un plan técnico de explotación adecuado a cada zona y por tanto no se aplica una rotación o alternativa racional en las sucesión de los cultivos [...] En la organización económica de la agricultura constatamos: falta de capital industrial y falta de crédito agrario que lo substituya en forma adecuada...”²⁵

No existen dudas de que la Argentina protagonizó un importante desarrollo agrícola entre 1890 y 1930, en particular en la región pampeana. La incorporación de maquinaria agrícola y la discusión sobre el grado de tecnificación presente en los testimonios evidencian esa situación. Pero las capacidades e incapacidades relativas que los diversos sectores y clases sociales tuvieron a la hora de mecanizarse estuvo determinada, en última instancia, por la estructura económico social agraria y por los factores culturales e ideológicos, los que marcaron no sólo los diversos grados y ritmos de tecnificación sino su tipología y la heterogeneidad de implantación social y regional. Esto, a su vez, estuvo vinculado a la necesidad de importar dichas herramientas y a la imposibilidad de producirlas en nuestro territorio, lo que evidenciaba, no “la impericia” o la falta de insumos, sino las trabas que emanaban de una estructura agroexportadora consistente con un país que iba consolidando su condición de dependiente del imperialismo en el marco de la división internacional del trabajo establecida a fines del siglo XIX.

Características de la fuerza de trabajo agrícola, relaciones sociales y condiciones de producción en la agricultura pampeana

²⁴ Huergo, Ricardo. *Investigación agrícola en la región septentrional de la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires, Compañía Sud Americana de Billetes de Banco, 1904, pág. 111.

²⁵ Miatello, Hugo. *Tratado de Agricultura*. Angel estrada y Cía., Buenos Aires, 1921, Tomo Primero, pág. 32.

Al igual que con la maquinaria, las visiones interpretativas producidas por los testigos de aquella época presentan fuertes divergencias a la hora de describir y analizar las características de la fuerza de trabajo agrícola y las condiciones en las que desarrollaban sus tareas. Por un lado, estaban aquellos que enfatizaban los altos salarios abonados, la escasa calificación requerida y la posibilidad de ahorro y acumulación que generaban, permitiendo en muchos casos –tras algunos años de duro trabajo- transformarse en arrendatario y luego acceder a la compra de una parcela de tierra. Por el otro, se encontraban los que remarcaban las jornadas extenuantes que sufrían los trabajadores, los salarios relativamente magros que percibían o el nomadismo al que estaban expuestos los arrendatarios que redundaba en la imposibilidad de alcanzar un título de propiedad en el área rural.

Comenzando por los asalariados rurales, Zeballos planteaba, a fines del siglo XIX, que las condiciones de trabajo para los peones eran muy buenas dada la escasez de mano de obra y los altos salarios que se pagaban en la época de cosecha: “Los sueldos de los peones son, en efecto, pingües. De 30 hasta 60 pesos bolivianos con casa y comida. –cálculése la comida allá [en Europa] a 4 reales bolivianos por día, de suerte que el peón de cosecha gana de 45 a 75 pesos bolivianos mensuales, sueldo que asombra a los inmigrantes que llegan por primera vez a ganarlo y que les permite con frecuencia convertirse en colonos rápidamente.”²⁶ Esta idea es reiterada en diversas ocasiones debido a que en este período la falta de brazos aparecía como un problema acuciante, esencialmente a la hora de la cosecha. Esta “exigía emplear cien mil hombres [se está refiriendo a la cosecha de lo que denomina la región del trigo en Santa Fe en 1882] y solamente con centenares de máquinas podía ser sustituida aquella inmensa fuerza humana, aunque no del todo. Brazos! Brazos! Era la exclamación del día, y el vapor *Provedor* que necesitaba treinta peones para cargar trigo, apenas hallaba catorce al jornal fabuloso de *tres pesos fuertes!* (15 francos)”²⁷ Según Jules Huret, las bondades y riquezas que brotaban de la producción agraria pampeana alcanzaban también a los obreros agrícolas. Para este autor los trabajadores del Piamonte y de Galicia que no tenían graneros ni establos se enriquecían en pocos años gracias a la “industria mecánica” que hace de los campos inmensos una fábrica de cereales.²⁸

Asimismo, continúa Huret, entre los obreros rurales eran mayoría los inmigrantes italianos, que si trabajaban de manera esforzada -dependiendo de buenas cosechas-

²⁶ Zeballos, Estanislao. Op.Cit., pág. 28.

²⁷ Zeballos, Estanislao. Op. Cit., pág. 218.

²⁸ Huret, Jules. Op. Cit., pág. 205.

podían llegar a adquirir una porción de tierra. Esto estaba vinculado a los elevados salarios que percibían y que se mantenían en niveles similares en todas las provincias: “Los labradores contratados ganan en Buenos Aires de 55 a 145 francos por mes además de la manutención, cuyo coste varía desde uno a dos francos diarios. Los salarios aumentan naturalmente en el periodo de cosecha”.²⁹ En todos los casos las remuneraciones eran altas, aunque existían diferencias en función de la tarea a realizar y de la calificación requerida para la misma. Sin embargo, estos valores sólo correspondían a los meses que duraba la cosecha.

Por otra parte, la revisión de los testimonios epocales nos enfrenta a otro grupo de observadores y analistas que parece no compartir las apreciaciones anteriores, poniendo el foco en diversos aspectos de las tareas asalariadas, que desdibujarían sus “supuestas ventajas”

Los trabajos requeridos en la producción agrícola, esencialmente en la cosecha, solían ser muy duros y esforzados. Tanto el corte y trilla, la realización de las parvas, el acarreo y la estiba implicaban una importante cantidad de esfuerzo y riesgos: “Todos los trabajos son duros, tanto por las altas temperaturas en que se operan cuanto por lo excesivo de la jornada, aunque se dice que se hacen de sol a sol, es falso, porque aprovechan la luna, al alba, o después de puesto el sol, para alargar la jornada.”³⁰ El polvo permanente que respiraban, la deficiente comida que les brindaban, la duración de las jornadas y la impericia de una importante cantidad de dueños de trilladoras que -por desconocer el modo adecuado de su funcionamiento- exponían al obrero a un ritmo feroz y a un gran peligro físico, llevaban a que el trabajo en dichas máquinas fuese considerado el “más brutal”.

Inclusive, si se analiza la relación entre el tipo de labor requerida y el salario ofrecido (aunque éste parezca elevado), se identifican casos en los que no terminaba de resultar suficientemente atractivo frente a las obligaciones que conllevaba: “Los altos jornales no constituían un incentivo suficiente para atraer a todos los peones necesarios, de modo que no sufriera perjuicio el grano emparvado, por la demora en ser trillado que se extendía hasta el mes de enero en las colonias alejadas de los centros donde operaban trilladoras. Porque, además de las jornadas brutales, la labor era peligrosa por falta de seguridad en las plataformas de las máquinas y de protección de las poleas -los accidentes por esas causas abundaban- y se realizaba en medio de gran suciedad de paja triturada y expelida por las bocas para el bálago y por

²⁹ Huret, Jules. OP. Cit., pág. 212.

³⁰ Biallet-Massé, Juan. Op. Cit., pág. 97.

las aventadoras.”³¹ Esto explica en parte que, a pesar de la inmensa cantidad de inmigrantes que ingresaban al país instalándose en “la zona del cereal”, escaseasen los brazos para la cosecha y que los altos jornales no recompensasen lo arduo de las tareas.

A este panorama, Lallemand le agregaba otra de las penurias que solía sufrir el asalariado y que reiteradamente formaba parte de sus reivindicaciones, la calidad y tipo de alimentos y el alojamiento: “El peón de labranza gana actualmente, además del alimento, hasta 35 pesos mensuales, y un peón con la mitad de obligaciones 20 pesos, siendo el *standard of life* terriblemente bajo. [...]; trabaja bajo un sol abrasador, ingiere un agua salobre fuertemente mezclada con aguardiente, y se producen casos frecuentes de insolación.”³²

Si bien el trabajo asalariado jugaba un papel fundamental en las tareas agrícolas, este variaba en función de la estacionalidad y del tipo de labores requeridas. En su Manual del Agricultor Argentino, Daireaux realiza una serie de recomendaciones que debían tener en cuenta los productores en relación a los peones asalariados, a los que califica en mensuales, los por día o jornaleros y los por un tanto. En relación al primer tipo, refiere que “vive en el establecimiento, donde encuentra asegurado todo lo necesario, casa, alimento, etc. No tiene que atender a las necesidades de la vida, y se lo pasa por consiguiente en una quietud bastante completa para explicar que su sueldo sea, en proporción, algo bajo. Es cierto que el peón mensual no es independiente, y que tiene que dar todo su trabajo, en cualquier forma y en cualquier momento que se lo pidan; pero justamente por ser continua su obligación, pierde forzosamente en intensidad lo que tiene de más en asiduidad.”³³ Los jornaleros, así como los tanteros, realizaban tareas ocasionales, tenían mayor inestabilidad, debían realizar trabajos más duros e intensivos, y por lo tanto la paga era superior. Pero todos tenían en común las miserables condiciones de vida y de trabajo que sobrellevaban: “En todos los [establecimientos] encontrarán galpones, algunas veces magníficos, para alojar padrillos o vacas finas, y en ninguno, casi, una casa higiénicamente distribuida para alojar a los peones.”³⁴

³¹ Gori, Gastón. Op. Cit., pág. 123.

³² Lallemand, German. “La situación laboral en la Argentina” Artículo publicado en Die neue Zeit, tomo 1 1895-1896. Op. Cit., págs. 159-161.

³³ Daireaux, Godofredo. Op. Cit., pág. 323. Conviene señalar que este tipo de “consejos” se dirigen hacia aquellos productores, ya sean propietarios o arrendatarios, que contaban con un cierto capital y estaban en condiciones de explotar fuerza de trabajo asalariada de manera permanente, realidad que no era compartida por la mayoría de los pequeños y medianos productores.

³⁴ Daireaux, Godofredo. Op. Cit., pág. 329.

Reflejando una realidad que coincidía con algunos de los planteos de Daireaux, José Tarditti señalaba en abril de 1926 que las condiciones de vida de los trabajadores del campo continuaban siendo muy malas. “Interminables jornadas, reducidos salarios y pésimos alojamientos, he aquí sintetizada la condición en que viven los campesinos. La índole de la tarea que realizan los obliga a albergarse en casa del patrón. Pero ni aún el personal estable y permanente cuenta con alojamiento más o menos decente. No cuesta mucho pensar que los ocupados extraordinariamente no tienen ni un mísero y destartalado rancho para cobijarse.”³⁵

En cuanto a los trabajadores temporarios, esencialmente contratados para la cosecha, Tarditti planteaba que los salarios que obtenían eran “mezquinos”, que las condiciones de trabajo eran extenuantes y que el alimento y la vivienda deficientes redundaban en el desmedro de su salud: “Siendo tan breves las temporadas en que son ocupados los trabajadores en estas faenas agrícolas, casi nunca logran formar el pequeño capital que les permita estar en condiciones de afrontar cualquier dificultad financiera que les sobreviniera. Agreguemos a esto el hecho de que deben proveerse de lo que necesitan en el negocio instalado en el mismo lugar de trabajo, con lo que el patrón recupera buena parte de lo que pagó en salarios. Es indudable que allí se les hace víctimas de una vulgar estafa, cobrándoseles diez lo que vale uno.”³⁶

Pero las fuentes no sólo reflejan los cambios cualitativos y cuantitativos vinculados a la estacionalidad de los trabajos agrícolas sino que también testimonian acerca de las diversas características que asumían las relaciones que se establecían entre los asalariados y sus empleadores en función de la procedencia del peón, el número de jornaleros contratados y el tamaño de las parcelas a trabajar.

Ampliando ahora el panorama de nuestra presentación de la fuerza de trabajo mediante la incorporación de la mano de obra familiar, cabe recordar como Biale Massé registraba las diferencias que iba observando en cuanto a la fuerza de trabajo requerida para cada una de las labores: “Las siembras las hacen ellos mismos [los colonos], ayudados de sus mujeres e hijos. [...] Concluida la siembra o el aporque del maíz, el colono queda completamente ocioso hasta que viene la época de las cosechas, en que pocos son los que trabajan personalmente. Se hace el corte y el emparvamiento por manos mercenarias, que no busca sino el mejor pague del trabajo hecho y que poco o nada le importa lo demás.”³⁷ El rol del trabajo familiar también

³⁵ Rodríguez Tarditti, José. “Los trabajadores del campo”. En *Revista e Ciencias Económicas*, Buenos Aires, abril de 1926, año XIV, serie II, n° 57, pág. 384.

³⁶ Rodríguez Tarditti, José. Op. Cit., pág. 387.

³⁷ Biale-Massé, Juan. Op. Cit., págs. 88-89.

fue enfatizado por Huret al comentar que el colono, especialmente el italiano, buscaba circunscribir la mano de obra al núcleo familiar -“su mujer y sus hijos le ayudan en las tareas y hasta sus hijas conducen el arado”-,³⁸ por lo menos en las tareas en que era posible, y en su defecto contrataba braceros o trabajadores. Por su parte, Boglich enfatizaba el peso del trabajo asalariado cuando planteaba que “no encontramos en la Argentina el típico campesino europeo que explota la tierra con su trabajo personal o el de sus familiares ni una población rural del tipo de los llamados semi-proletarios, sino una clase de agricultores que explotan la tierra en forma capitalista y una gran masa de asalariados rurales, netamente proletaria. Esta situación de relativa independencia del agricultor tenía también su reverso, pues se hallaba sometido al terrateniente o al capitalista colonizador mediante su contrato de arrendamiento o de locación, de formas feudales.”³⁹

Por otro lado, Biale Massé establece una diferencia entre la procedencia de los trabajadores para las diversas tareas y el trato que recibían a la hora de realizar las labores agrícolas, según la clase o sector social que los contrataba. En el caso de productores que trabajaban mayores extensiones y que requerían mano de obra asalariada para todas las tareas, era costumbre en general que “el peón destinado al arado y a la siembra es casi siempre de la localidad, más o menos conocido, y peón y patrón saben a qué atenerse respecto de las condiciones y de calidades.”⁴⁰ Y en cuanto al trato recibido en función del tamaño de la explotación decía lo siguiente: “el trabajador hace una vida casi común con el pequeño colono, come mejor y hace el trabajo más a gusto; pero con el colono en grande, que los maneja por medio de capataces, y sobre todo con los contratistas, se encuentra peor, porque se le da mal de comer y se le exige el máximo de trabajo. El resultado es que se hace mañero [...] El resultado... es el agotamiento del trabajador, que se desmoraliza y burla al patrón o contratista cuando puede.”⁴¹

Otro de los aspectos analizados por los testimonios es el derrotero social de los millones de europeos que llegaron al país y de sectores populares nativos que aspiraban a titularizar explotaciones agropecuarias y prosperar en el medio rural.

En este sentido, Zeballos resaltaba hacia 1882 la prosperidad alcanzada por una importante cantidad de colonias en la provincia de Santa Fe, donde se podían observar –según este autor- la condiciones existentes para el progreso económico y

³⁸ Huret, Jules. Op. Cit., pág. 211.

³⁹ Boglich, José. *La cuestión agraria*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1937, pág. 203.

⁴⁰ Biale-Massé, Juan. Op. Cit., pág. 92.

⁴¹ Biale-Massé, Juan. Op. Cit., pág. 93.

social de los inmigrantes dispuestos a realizar un trabajo duro y esforzado que redundaba en la posibilidad de acceder a la propiedad de la tierra, crecer y llevar una vida más próspera.⁴² Estas observaciones son compartidas por Fliess, quien en 1891 comentaba que los inmigrantes no encontraban grandes dificultades a la hora de poder adquirir tierras si se predisponían los primeros años a laborar sacrificadamente en pos de su objetivo: “Conozco personalmente muchos colonos en Santa Fe que en un período de 12 a 15 años han logrado ser propietarios de 500 hasta 1000 hectáreas, libres de todo gravamen ó hipoteca.”⁴³

Esta opinión se halla en línea con la beatífica descripción que nos ofrece Heriberto Gibson en las monografías complementarias al Censo Nacional Agropecuario de 1908: “Luchando [el colono] con constante empeño y laboriosidad, agregando cada año con sus ahorros al caudal de su capital, viéndose rodeado de su creciente familia, cesa, por fin, su vida nómada, se arraiga como arrendatario permanente, cuando no como propietario, y constituye la unidad de esa futura población rural de la República que, hermanando la agricultura con la ganadería, hará más intensas la producción y riqueza nacionales.”⁴⁴

En este mismo sentido, Huret plantea que, todavía para 1910, “al cabo de tres o cuatro años, si el obrero persevera y las cosechas no son demasiado malas, dispone de un pequeño capital que le permite, a su vez, arrendar o comprar un pedazo de terreno, origen acaso de una gran “estancia” futura”.⁴⁵ Lo mismo sucedía, según este autor, con el recorrido que seguían los colonos, quienes llegaban sin capital ni implementos de trabajo y al cabo de algunos años estaban en condiciones de adquirir el terreno que cultivaban. Para Huret la prosperidad alcanzada por estos sujetos era tan grande que en la comparación con los canadienses se podía apreciar su magnitud y riqueza. Las condiciones generadas en nuestro país y el predominio del cultivo extensivo, permitían que un colono explotara fácilmente 150 hectáreas mientras que el canadiense sólo podía trabajar hasta 25. Esto redundaba en mayores ganancias para

⁴² Esto se expresa en el siguiente pasaje: “Mirad al colono en el muelle, pobre, desvalido, conducido hasta allí después de haber sido desembarcado a expensas del Gobierno, sin relaciones, sin capital, sin rumbos ciertos [...] Venid ahora conmigo a ver a este mismo inmigrante en el primer grado de su transformación social. Helo aquí! Sale a recibirme en su hogar, porque tiene ya un hogar” y más adelante el propio colono dice: “Tengo esta casa de ladrillo y techo de teja, la tierra fecunda y generosa que nos rodea cultivada por mi propia mano y son míos los arados, los bueyes, las máquinas y trabajan por mi cuenta los peones que emparvan el trigo en los rastros.” Zeballos, Estanislao. Op. Cit., págs. 32-33.

⁴³ Fliess, Alois E. La producción agrícola y ganadera de la República Argentina en el año 1891. Buenos Aires, Imprenta de La Nación, 1892, pág. 157.

⁴⁴ Gibson, Heriberto. “La evolución de la ganadería”. En: Censo Agropecuario Nacional de 1908, Tomo III, Monografías, Buenos Aires, 1909, pág. 94.

⁴⁵ Huret, Jules. Op. Cit., pág. 210.

productor argentino a pesar de lograr un rendimiento por hectárea de menos de la mitad en relación a su par canadiense.

Frente a los testimonios reseñados, la visión sobre las mayores posibilidades de acceso a la tierra generadas en los primeros momentos de la colonización y el recorrido transitado por la gran mayoría de los productores fueron presentados de una manera total o parcialmente opuesta por otra serie de descripciones, análisis e investigaciones llevadas adelante en aquella época.

Ya para 1895-1896, Lallemand daba cuenta de los cambios operados en nuestro país en lo que se refiere a las posibilidades de acceso a la tierra. Planteaba que entrada la década de 1890 ya no era posible transitar el recorrido deseado por tantos inmigrantes: de obrero a arrendatario y luego acumular hasta acceder a la parcela propia. El acelerado aumento del precio de la tierra y de las máquinas hacía imposible, ya para ese momento, la posibilidad de reproducir el ejemplo de las prósperas colonias fundadas, esencialmente, en Santa Fe. En cuanto a los que sí lograban hacerse de una parcela, este precursor del pensamiento marxista apuntaba: “El colono ni piensa en lograr una renta real de su finca. Se contenta con un sueldo y un derecho de posesión. Produce mucho más barato que un obrero asalariado y por restringir siempre más sus necesidades, por sufrir siempre más hambre y por trabajar siempre más, está disminuyendo constantemente los costos de producción. Por esta razón puede pagar por su reducida parcela más que el agricultor que se propone explotar su tierra en forma capitalista; por mucho que bajen los precios, el colono y los suyos, padeciendo un poco más de hambre y trabajando más, ganarán con todo un sueldo, y por miserable que éste sea se sentirán muy felices por creerse propietarios independientes.”⁴⁶

Una preocupación parecida se presenta en los juicios de Daireaux, quien planteaba ya para 1901 que en la Argentina la producción de una abundante cantidad de cereales no redundaba en el enriquecimiento de los agricultores, sino que -por el contrario- eran los sectores propietarios y dirigentes los que se apropiaban de esa riqueza, condenando a los productores directos a la pobreza: “La agricultura, hasta hoy, en la argentina, no hace más que enriquecer a sus parásitos.”⁴⁷

Esta vida miserable también se reflejaba en las prédicas del socialista Nicolás Repetto al remarcar la vida solitaria que llevaba adelante el agricultor y la precariedad a la que estaba expuesto por las condiciones de arrendamiento: la movilidad permanente,

⁴⁶ Lallemand, German. “De la Argentina” Artículo publicado en Die neue Zeit, tomo 1 1894-1895. Op. Cit., págs. 143-145.

⁴⁷ Daireaux, Godofredo. Op. Cit., pág. 223.

la falta de inversiones, el deterioro de sus instrumentos de trabajo, la frecuente prohibición de tener animales de consumo y una pequeña huerta, lo condenaban a la imposibilidad de desarrollarse tanto material como espiritualmente.

Alejandro Bunge, a pesar de que exaltaba las condiciones propicias generadas en el país para poder crecer y desarrollarse entre 1890 y 1914, no dejaba de interrogarse: “¿Cree alguien, sinceramente, que todo está en orden y que no haya motivo para amargas insatisfacciones? Piénsese [...] en los agricultores seminómadas que viven en ranchos miserables sin una huerta, sin un árbol, sin oportunidad espiritual alguna...”⁴⁸

En este mismo sentido, Emilio Coni, enfatizaba en 1926 las enormes penurias que sufrían los agricultores, obligados a movilizarse permanentemente, a tener viviendas precarias y a no poder mejorar sus cultivos. Estas circunstancias redundaban en la imposibilidad de acumular una cantidad suficiente de capital que permitiera acceder a la tierra, lo que sumado al aumento del precio de la misma habría generado un cambio en las condiciones y perspectivas de estos arrendatarios, dado que “las pingues ganancias que obtenían los colonos en los primeros veinte años, se ven reducidas hoy apenas a cubrir sus gastos en los años regulares y a guardar muy poco en los buenos o excelentes”⁴⁹

En definitiva, los chacareros estaban expuestos también, a un sinnúmero de presiones e imponderables que incidían directamente en sus posibilidades de desarrollo, progreso y acumulación. El costo del arrendamiento, de las semillas, de la contratación de la máquina trilladora (que la mayoría no poseía), de las bolsas (negocio concentrado en un pequeño puñado de empresas extranjeras) y del transporte sumado a las inclemencias climáticas, las langostas y las imposiciones de los monopolios exportadores eran los factores a tener en cuenta.

Como se preguntaba Repetto en 1917, “deducidos todos estos gastos, ¿le quedará al chacarero lo bastante para saldar las viejas y nuevas deudas que lo atan al comerciante? *That is the question.*”⁵⁰

En definitiva, este período estuvo caracterizado por la expansión de las relaciones salariales en el campo en combinación y contradicción con la proliferación de diversos estratos de campesinos, terratenientes y contratistas propietarios de las maquinarias más costosas, que fueron configurando, en el ámbito rural pampeano, una estructura de clases predominantemente capitalista.

⁴⁸ Bunge, Alejandro. *Una nueva Argentina*. Hyspamerica, España, 1984, pág. 20.

⁴⁹ Biale-Massé, Juan. *Op. Cit.*, pág. 90.

⁵⁰ Repetto, Nicolás. *Mi paso por la agricultura*. Santiago Rueda Editor, Buenos Aires, 1959, pág. 132.

Por un lado, se fueron consolidando diversas capas de agricultores determinadas por una combinación desigual del trabajo familiar con la contratación de asalariados para las diversas labores, generando diferencias importantes a la hora de analizar sus necesidades, reclamos y contradicciones sociales. Si bien una porción importante requería ese tipo de mano de obra, la estacionalidad o permanencia de la misma en la explotación expresaba discrepancias importantes que se representaban en el peso relativo de cada tipo de trabajo en la generación del producto agrario en esa parcela.

Por el otro, el salto cuantitativo operado entre los trabajadores asalariados da cuenta de su creciente importancia y protagonismo en las tareas agrícolas. De esta manera se expresan las particulares características que fue adoptando el desarrollo agrícola, determinadas no sólo por una terrible explotación, jornadas interminables, una magra alimentación, inexistencia de viviendas y salarios que, proporcionalmente, representaban una ínfima parte del valor generado; sino, específicamente, por la carencia relativa de algunos de los atributos fundamentales correspondientes a la caracterización del obrero “moderno”, es decir el obrero industrial.⁵¹

La productividad agrícola y los diagnósticos sobre las perspectivas de la agricultura argentina a comienzos del siglo XX

En relación con estos problemas, cuyo desarrollo sintetizamos por razones de espacio a modo de cierre de estas notas, las divergencias en las opiniones se concentraban en las disímiles caracterizaciones sobre nuestro país y en las condiciones necesarias que se debían generar para desarrollar el potencial productivo que poseía. La mayor parte de los argumentos expuestos giraban alrededor del reconocimiento de la baja productividad existente en relación a otros países con importante desarrollo agrícola, aun cuando no todos consideraban a este hecho una señal pesimista acerca del futuro Argentino.

Así, quienes enfatizaban el potencial de este territorio y auguraban un futuro colmado de prosperidad, le adjudicaban al desarrollo de la agricultura y de la ganadería la llave que permitiría obtener cuantiosas ganancias e insertarse eficazmente en el

⁵¹ Partimos de la formulación elaborada por Carlos Marx, *El Capital*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995, Tomo I, págs. 121-122. En el caso de la región pampeana podemos identificar elementos como la falta de libertad que poseían los trabajadores permanentes de las explotaciones para poder movilizarse, determinar su jornada de trabajo o recibir visitas, el peso que tenía en el salario la comida estipulada, las consecuencias que traía aparejado para el trabajador tener que quedarse a dormir en la parcela, etc., que hacen necesario analizar el problema desde diversos ángulos y con una mayor profundidad.

mercado internacional, transformándose en la “cesta de pan del mundo”.⁵² Al interior de estas visiones “optimistas” se encontraban aquellos que resaltaban, como una muestra de los destinos promisorios que le deparaba el futuro a estas tierras, lo elevado del rinde del trigo argentino para la década de 1880, en comparación con el estadounidense: “la agricultura ha hecho en el último decenio progresos cuantitativos tan notables, como ninguna nación, que ni los Estados Unidos de Norte América pueden presentar.”⁵³ Sin embargo, otros analistas que hicieron correr su pluma a inicios del siglo XX remarcaron las diferencias que se habían ido estableciendo en los rendimientos de los cultivos, en desmedro de esta región en comparación con Canadá, Inglaterra, Italia, Alemania; lo que ameritaba aplicar medidas que corrigieran esa situación.⁵⁴ Fuera de estas discrepancias, se observaban posturas más homogéneas respecto al señalamiento de las dificultades que condicionaban el recorrido hacia ese lugar deseado en el escenario mundial, las que se concentraban en la práctica de una agricultura extensiva, la falta de espíritu innovador, las deficientes condiciones para conservar las cosechas y la labor rutinaria. Problemas, todos, adjudicados a la impericia e ignorancia de los productores directos familiares, en su gran mayoría inmigrantes.

Con diagnósticos menos optimistas, y en algunos puntos perspectivas más sombrías acerca del rendimiento y productividad alcanzadas, aunadas a propuestas de resolución que no giraban centralmente en torno a la presunta responsabilidad de los agricultores, se destacaban los juicios, entre otros, de Huergo, Biale Massé, Repetto, Coni, Saez y Tarditti.

Para muchos de estos analistas, y en general para el pensamiento más crítico que se expuso durante el período considerado, la causa de los males de la agricultura radicaba en el carácter nómade que le había sido impuesto a los arrendatarios y medieros, los cuales la mayoría eran inmigrantes italianos. La precariedad de los contratos de arrendamiento, anuales y verbales, conspiraba contra el arraigo de los labradores generando un “espíritu especulativo”, que lejos de permitirle concentrarse en la forma de mejorar los cultivos, los llevaba a buscar el máximo aprovechamiento del terreno con el menor tiempo y costo posible. Este sistema era visto como la

⁵² Fliess, Alois E. La producción agrícola y ganadera de la República Argentina en el año 1891; Estanislao Zevallos, La región del trigo,...; Gabriel Carrasco, Tercer Tomo del Censo Nacional de Población de 1895,...; Cárcano, Miguel Ángel. La evolución histórica del régimen de la tierra pública 1810-1916. EUDEBA, Buenos Aires, 1972 (tercera edición), págs. 391-392.

⁵³ Fliess, Alois E. Op. Cit., pág. 447. Esta opinión, también era compartida por Estanislao Zevallos, *Op. Cit.*

⁵⁴ Huret, Jules. Op. Cit.; Daireaux, Godofredo. Op. Cit.

contracara del latifundio en la región pampeana, por lo que resultaba frecuente que instaran al Estado a impulsar políticas que tendieran a “combatir” la gran propiedad territorial, subdividiendo la tierra con el objetivo de permitir la propietarización de un conjunto de agricultores como forma de revertir la situación planteada.⁵⁵

Otras visiones “críticas” enfatizaron las dificultades que generaba para el agricultor arrendatario el sistema de transporte y comercialización impuesto en nuestro país, aún más que el problema territorial.⁵⁶ Así es como denunciaban los altos fletes ferroviarios, el costo de los depósitos, los precios impuestos por los exportadores que esquilmbaban a los agricultores arrendatarios y les impedían acumular; repercutiendo en la posibilidad de mejorar las técnicas de cultivo y en el aumento de la productividad. Proponían que el poder político, a través de sus diversos instrumentos, regulase el papel de los intermediarios organizando la producción.⁵⁷

Acerca del desconocimiento técnico de los agricultores y trabajadores, como sobre su presunto desinterés, desidia o inoperancia, es necesario tener presente que en ciertos testimonios reflejan impresiones descriptivas, pero que en otros adquieren mayores connotaciones valorativas, seguramente condicionadas por concepciones y prejuicios ideológicos asociables al pensamiento de la elite dominante en el país. En ese sentido, es preciso tomar en cuenta el limitado potencial explicativo que poseen, en tanto suelen divorciar las conductas individuales de las relaciones económico sociales de las que brotan y que las reproducen; incluyendo la estructura de la propiedad territorial, el dominio del capital extranjero e intermediario sobre la comercialización, el transporte, los precios y la exportación, y el papel del Estado y el aparato educativo; instrumentos, en última instancia, a través de los cuales se iba garantizando la reproducción del orden socioeconómico establecido.

En suma, las miradas contradictorias sobre la construcción del “granero del mundo” se fundaron en diversos aspectos de aquella realidad, que tanto ayer como hoy son

⁵⁵ Huergo, Ricardo. Op. Cit.; Repetto, Nicolás. Op. Cit.; Biale-Massé, Juan. Op. Cit.; Rodríguez Tarditti, José. Op. Cit. Bunge podría ser incorporado en este grupo (a pesar de que revalorizaba el rol de la gran propiedad territorial de 1890 a 1914) en tanto observaba que para la segunda década del siglo XX el “latifundio social” se había convertido en una traba para el aumento de la productividad y el crecimiento del área sembrada, generando el desdoblamiento del campo y que era necesario revertir esa situación subdividiendo la tierra de aquellos que la vendieron al Estado porque no tenían interés de ponerla en producción. Bunge, Alejandro. *Una nueva Argentina*. Hyspamérica, España, 1984.

⁵⁶ Consideraban que el latifundio no constituía un problema si estaba puesto en producción.

⁵⁷ Sáenz, Mario. “Régimen agrario”. En *Revista de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, n° 35, Mayo de 1916. Coni, Emilio. “Cuestiones agrarias”. En *Revista de Ciencias Económicas*, Buenos Aires, n° 57, 1926. En este aspecto no coincidían con Alejandro Bunge quien planteaba que el “crédito informal” otorgado por los comerciantes de campaña había jugado un rol progresivo en la producción agrícola y que luego de la crisis de 1929 había desaparecido sin ser reemplazado por los préstamos bancarios.

motivo de profundas discrepancias. Es por eso que siguen generando una infinidad de interrogantes, líneas de investigación y propuestas de signos divergentes.

Utilizando los elementos referenciales que proveen los diversos testimonios epocales, y relacionando a la vez las visiones contrapuestas con la realidad objetiva de una estructura económico-social en conflicto, evolución y contradicción, entiendo que queda planteado el desafío de avanzar en una descripción y explicación histórica pormenorizada que nos permita determinar, con mayor precisión, el grado de mecanización de las labores, los sujetos que pudieron acceder a las maquinarias, las características que asumieron las relaciones sociales en el campo durante el período de la expansión agrícola y los límites inherentes al funcionamiento de dicho sistema.